

Así las autoridades nativas como la demás gente se mostraron muy bondadosas conmigo, y todos contribuyeron á hacerme provechosa mi estancia. Como era la última oportunidad que tenía para conseguir muestras etnológicas de la tribu, estaba ansioso de completar mis colecciones. Las mujeres sobresalían en la fabricación de camisas y túnicas, ricamente bordadas con antiguos dibujos. Por bondad del alcalde obtuve varias de esas excelentes prendas, que sus dueños se manifestaban reacios á ceder. Él mismo fue quien me vendió la camisa admirablemente trabajada cuya ilustración doy en la página 229. También me prestó ayuda en otro sentido. Había tratado en Ocota un tambor que el vendedor ofreció entregarme acá; pero habían trascurrido dos semanas y el tambor no me llegaba. Para ahorrarme tiempo y molestias, el generoso alcalde me ofreció el suyo, diciéndome que el importe lo cobraría al hombre de Ocota.

Deseando recoger algunos cráneos de un antiguo sepulcro situado en una barranca distante, y no siéndome posible emprender personalmente el viaje, persuadí á los indios á que fuesen á buscármelos. Volvieron con la preciosa carga en dos sacos que al efecto les había yo proporcionado. El hecho prueba de un modo notable que los huicholes no temen á los muertos que llevan mucho tiempo de haber salido de la vida.

CAPÍTULO XVI

EN CAMINO Á LA COSTA—REFORMA CIVILIZADORA POR MEDIO DEL TRAJE—CUESTIÓN DE CALZONES—LLEGADA Á TEPIC—SITUACIÓN AGRÍCOLA DEL TERRITORIO—LA FIEBRE MALARIA—ESPLÉNDIDAS ANTIGÜEDADES HALLADAS EN UN JARDÍN—CERÁMICA.

MUY satisfecho con lo que obtuve allí, partí el 11 de febrero para la costa rumbo á la ciudad de Tepic. Me acompañaban entonces cuatro mexicanos, que habían estado conmigo desde mi visita á Mezquitic, cinco huicholes y un indio civilizado de Huajimi. Tuvimos otra vez que ascender la fría y ventosa sierra que seguimos por cerca de dieciocho millas al sur. La vista desde la cumbre hacia el mar era magnífica. El majestuoso volcán extinguido de Sangangüey, que oculta á Tepic, se erguía bajo una niebla azulada como á sesenta millas al suroeste sobre una ondulación de cerros que corrían entre nosotros y su cúspide. Veíamos á nuestros pies el pedazo de tierra denominado Nogal, con sus largas pendientes y rugosas crestas alfombradas por espesos pinares. En el centro de aquella extensión verde había una quieta laguna que parecía un ojo abierto en el solitario paisaje, la que suponen los mexicanos comunicada con el mar. Dicen también que con frecuencia han visto salir de allí ganado. La localidad está casi inhabitada. Los pocos huicholes y mexicanos que hay, deben más bien considerarse como colonos.

Nuestra senda iba á dar al camino real de Huajimi á Tepic, y bajamos de lo que fue región de los huicholes y que aun se llama Sierra de los Huicholes ó Sierra de Álica.

Desde aquel punto, nuestra ruta hacia el oeste fue buena, ó al menos así me lo parecía, acostumbrado como estaba á andar por las montañas. Pasamos de la región de los pinos á la de los robles. Seguimos encontrando todo muy solitario hasta que estuvimos á un día de distancia de Tepic. Los campos parecían servir únicamente para apastaderos, cosa extraña puesto que se veían tan fértiles y bien regados. Toda dicha región es famosa también por haber servido de postrer retiro al célebre revolucionario Lozada, que capturaron allí las fuerzas del Gobierno. Había comenzado su carrera como bandido, pero cuando alcanzó el poder se convirtió á su vez en perseguidor de ladrones. Á pesar de que era católico fanático, si algo tenía que ver con un padre, se asegura que "vacilaba en matar al hombre cuya mano besaba."

Pasamos frente á dos ranchos ganaderos que, aunque ocupados durante las aguas, entonces se hallaban desiertos. En un tercero, vimos algunos individuos á lo lejos. Conforme bajábamos hacia la costa, mirábamos extenderse la yerba hasta donde alcanzábamos con la vista sobre las interminables colinas. Á lo largo de las quebradas crecía siempre una espesura de verdes arbustos. Atravesamos el río Álica que nace en la laguna de Chapala, cerca de Guadalajara. Denominado con diferentes nombres en diversos tramos de su curso, desagua en el mar con el de río de Santiago. En el punto donde lo cruzamos, su corriente era bastante ancha y sólo debido á que mis huicholes eran excelentes nadadores, pudieron todas mis mulas llegar salvas á la otra orilla. El agua les llegaba hasta los aparejos.

Algunos minutos más tarde estábamos en el primer punto civilizado, la hacienda Agua y Pan, donde hay bastante explotación minera. Allí compré algunas naranjas que, aunque agrias, me refrescaron mucho. ¿Hay nada mejor que la naranja para el fatigado viajero? Su her-

mosa forma, vivo color, deliciosa fragancia é incomparable gusto sugieren la idea de un mundo mejor. También conseguí en aquel remoto paraje algunas latas de sardinas francesas, un poco caras, pero cuyo contenido era delicioso.

Supongo que ha de entrar para mucho en esta apreciación mi prolongada abstinencia, pues casi por tres meses había estado al monótono régimen de atole blanco, gallina cocida y huevos. Como los indios no dan maíz á sus aves domésticas, naturalmente son flacas y los huevos que ponen saben á jabón. El atole, en cambio, es de buen sabor, especialmente si se le pone un poco de miel; pero como sólo es una bebida, no satisface. Tan invariable alimentación pronto cansaba. Encuentro á este respecto en mi libro de apuntaciones, la característica nota siguiente: "Me he acostumbrado poco á poco á no comer nada á mediodía en el camino, porque no vale la pena tener á las mulas cargadas esperando mientras me calientan unas miserables tortillas. En la noche llego á menudo demasiado cansado para pensar en comer, y por la mañana no hay nada que me guste." Aun después de esos años, no me había idianizado lo bastante para contentarme con tortillas y agua; no es extraño, pues, que llegara á la costa enflaquecido, débil y en las mejores condiciones para ser víctima de la malaria.

La jornada era todavía demasiado larga, para las mulas cargadas, de la hacienda Agua y Pan á la ciudad de Tepic, por lo que no llegamos ese día al final de nuestro viaje, sino que nos detuvimos en la hacienda azucarera de Puga. Habiéndome dicho un fletero que dos noches antes había tenido que disparar contra dos ladrones que trataban de robarle sus animales, ordené á mis mozos que se turnaran esa noche para cuidar á nuestras bestias. Nada malo nos pasó, sin embargo, y al otro día pudimos continuar nuestro viaje.

El aspecto del terreno había cambiado por completo y la temperatura del aire era, en aquella estación, tibia y

agradable. Los ojos se deleitaban con los verdes campos de caña y de cebada. Tan húmedos son el clima y el suelo, que la última cosecha se había sembrado y recogido en invierno sin precipitación ni riego.

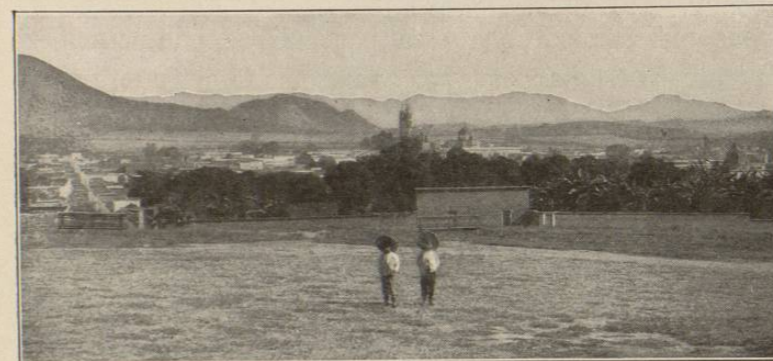
Los muchos carros de bueyes que encontrábamos en el polvoroso camino, nos recordaban que íbamos acercándonos á la civilización, y por la tarde temprano llegamos á Tepic después de seis días y medio de viaje. Mis hombres, los mexicanos como los indios, habían estado muy preocupados por su entrada á la ciudad, porque hay en el territorio una disposición que prohíbe aparecer en las calles sin pantalones. Esta ley, en vigor en uno ó dos Estados de México, tiende á promover la cultura mejorando la apariencia de los nativos, alegándose que los calzones blancos que usan las clases trabajadoras y los indios civilizados no son bastante decentes. Afortunadamente el ilustrado Jefe Político del Territorio ha modificado la ley en favor de los indios, permitiéndoles andar con calzones. La figura de un indio con pantalones ajustados es verdaderamente cómica.

Entré, no obstante, sin que se me molestase, con mis huicholes de piernas desnudas y mis encalzonados mexicanos, pues la ley se aplica con todo buen sentido, dejándose oportunidad de comprarse pantalones, después de haber entrado en la ciudad, á los que por primera vez van á ella; pero; ¡ay de aquél que sigue presentándose en las calles sin la prescrita prenda! Prontamente lo arrestan y le imponen una multa superior al costo del atavío.

Lo cierto es que pueden comprarse pantalones muy baratos y aun alquilarse por un día, pues hay en Tepic quienes los ofrecen en alquiler á mexicanos y á huicholes. Uno de mis mestizos tomó un par de pantalones tan ajustados que le fue imposible sentarse todo el tiempo que estuvo en Tepic, pero como permaneció sólo un día, pudo pasarlo "parado." Los arrieros que periódicamente visitan

las ciudades llevan consigo por lo general el expresado requisito de civilización, que se ponen antes de entrar.

Mi opinión y la de otros extranjeros con quienes me encontré en México, es que los calzones blancos son en todos sentidos preferibles á los pantalones. Como acostumbran usar los últimos muy estrechos, resultan en realidad menos decentes que aquellos. Los calzones, en cambio, son más adecuados, más higiénicos para el clima tropi-



La ciudad de Tepic.

cal, más fáciles de conservar limpios y mucho más baratos para la gente pobre. No sería malo que las autoridades reconsideraran el punto.

Hay en Tepic un hotel aceptable, pero yendo, como iba yo con muchos indios, mulas y grandes colecciones, tuve por fuerza que parar en uno de los numerosos *mesones*, pequeño, sucio y ruidoso, no obstante ser el mejor que había. Aconsejo á todo viajero alojarse en el hotel (que tiene la ventaja de un segundo piso) donde, si se consigue un cuarto, se goza de mejor aire que abajo.

Descargadas las mulas y puestas en seguridad las cosas, fuíme al punto, no obstante que era tarde, á ver al General Don Leopoldo Romano, jefe político y militar del Territorio, con quien ya había estado en correspondencia, hombre de mucha fuerza de carácter y grande habilidad administra-

tiva, cuya afabilidad dejaba complacidos y gratos á cuantos tenían la buena suerte de tratarlo. Mexicanos é indios, altos y bajos, todos estaban seguros de que los atendería en toda justicia. Su muerte, pues, ha sido generalmente sentida.

Ya no me quedaba más que un peso mexicano, pero al día siguiente me hice con el dinero necesario para pagar á mis sirvientes. El general me consideró malísimamente alojado en el hotel y pude, por bondad suya, trasportar todas mis cosas á una casa particular donde permanecí durante mi estancia en Tepic. Púsome también en pronta comunicación con personas que juzgó podían serme útiles.

El sentido de la palabra Tepic aun no se ha fijado de un modo definitivo. Tal vez proviene del náhuatl: *Tell*—piedra; y *pic*—duro, piedra dura. La ciudad, á una altura de 3,069 pies, está hermosamente situada en una gran llanura casi al pie del pintoresco y extinto volcán de Sangangüey. Un pequeño río que atraviesa la ciudad hacia el norte, tiene su nacimiento cerca del pueblo de Jalisco (en náhuatl: “donde la tierra es arenosa”), apenas á distancia de cuatro leguas, y desemboca en el Santiago. La población (14,000 habitantes) está compuesta en su mayor parte de descendientes de colonos de Guadalajara, y es refinada y simpática. Hay una hermosa plaza y, además del hotel principal, *restaurantes* bastante buenos donde tomaba mis comidas. Como era cuaresma, todos los viernes llevaban al mercado magníficas ostras del puerto de San Blas.

El Territorio de Tepic contiene excelentes tierras para la agricultura tropical. La caña de azúcar, el arroz y el café se producen en tan buenas condiciones que su cultivo es indudablemente de mucho porvenir. El clima de la costa es malo y la malaria á menudo fatal aun para los nativos, motivo que obliga, según me dijeron, á salir de algunas haciendas en ciertas estaciones del año. Fre-

cientemente asume la fiebre carácter pernicioso causando la muerte en pocas horas. El cura de Iztlán me contó que de nueve presbíteros que habían salido simultáneamente del seminario para ejercer el sacerdocio en la costa, todos habían muerto, con excepción de él que nunca se había enfermado.

Aun en la ciudad de Tepic el clima es húmedo y en extremo inconstante, soliendo variar mucho la temperatura en el curso del día. Sin duda ha crecido en los últimos años la insalubridad del lugar debido á la desecación de una laguna próxima, practicada para aprovechar el terreno.

No hay, que yo sepa, ruinas de importancia dentro del territorio, bien que en algunos lugares son abundantes los coesillos, y que frecuentemente desentierra el arado espléndidas figurillas de barro cocido pintadas y pulidas. Como los que las hallan ignoran generalmente el valor de los *monos* (vocablo popular con que se designa á los ídolos y figuras antiguos), se los dan á los niños para que jueguen. Hay individuos que se interesan lo suficiente para guardarlos como curiosidades; otros, reputándolos amuletos para conservar la salud y tener buena suerte, se niegan absolutamente á venderlos para no empobrecer. Los llamados indios civilizados se irritan sólo con que se les pregunte si tienen monos. Uno me contestó indignado: “No soy brujo. No hay más que un Dios que está en el cielo.” Algunos, en cambio, cuando les manifestaba mi deseo de comprar algunos, decían admirados: “¡Cuánto dinero tendrá este señor! No sabe qué hacer con él!” y no faltaban quienes me supusieran protestante y creyesen que trataba de embrujar gente con los monos.

Un amigo digno de crédito me dijo cosas muy interesantes de una cueva que había visitado cerca de Ayutlán. Advirtiéndome que el piso era artificial, hecho de ceniza volcánica, sospeché que algo habría debajo y emprendí excavaciones. Á los dos días de estarlas haciendo, encon-

tró muchos jarros y tazas de barro de fabricación ordinaria, por lo que pronto desistió de su empresa. Otros individuos prosiguieron después las excavaciones, más como no encontraron sino utensilios semejantes y algunos idoli-



Figura de tierra amarilla, pulida, probablemente representando un acróbata. De Compostela, Tepic. Altura, 14.2 cm.

llos, se cansaron también. De este modo fueron sucediéndose muchos y abandonando la tarea, pudiéndose calcular que sacarían, según mi informante, como dos mil ollas, escudillas y monos que iban arrojando al arroyo conforme los exhumaban. Al fin, llegó un afortunado que alcanzó el fondo como á treinta varas de profundidad, donde halló un ídolo de oro, de doce pulgadas de alto, cuyo metal fundió para venderlo.

Hay muchos jardines en Tepic, y su

suelo, en que se dan muy bien las naranjas y el café, tiene una primera capa, como de dos yardas, de tierra negra. La capa siguiente, de media yarda es de tierra amarilla y debajo hay otra de ceniza volcánica. Una persona había estado practicando sistemáticamente excavaciones en su jardín para buscar antigüedades, de que era grande admirador, aunque sin ningunos conocimientos arqueológicos. Tenía á un peón continuamente ocupado en ello, y en el curso de cinco años había registrado una cuarta parte de su solar, como de sesenta yardas de longitud por veinticinco de anchura, á lo largo y, parte, encima de una loma muy baja que tendría, de norte á sur, unas trescientas yardas por veinticinco de ancha, quedando, por su extremidad norte, como á sesenta yardas del río.

Había despertado la curiosidad del dueño del jardín

el filo de algunas piedras que descubrió entre los árboles, colocadas de un modo que revelaba la intervención de la mano del hombre. El canto de ellas apenas sobresalía de la superficie, pero cuando removieron la tierra, se vio que estaban en disposición circular. Debajo había una pared construída de norte á sur sobre la capa volcánica, donde fueron halladas varias osamentas muy mal conservadas, tendidas con la cabeza hacia la pared y los pies al poniente. En una palabra: nuestro hombre había dado con un cementerio, perteneciente quizás á alguna tribu nahua, y conforme avanzaba en sus excavaciones, seguía encontrando esqueletos, de los que llegó á desenterrar once.

Según me dijo, yacían sobre la misma capa de ceniza, con excepción de algunos que estaban sobre delgadas losas, todos cubiertos de lajas por arriba y por los costados, rellenos de arcilla los recintos, y sin que se notase distancia fija entre unos y otros cuerpos. Con ellos se extrajeron muchos interesantes objetos. Junto á los más se encontraban jarros con ceniza ó con tequesquite. Los que habían sido pobres, en opinión de mi sabio amigo, sólo tenían un jarro cerca de la cabeza y carecían



Figura de barro, pintada de rojo y negro. Del pueblo de Jalisco, cerca de Tepic. Altura, 15.3 cm.

de sartas de cuentas en el cuello. Las excavaciones no se profundizaron más abajo de la capa volcánica.

Quiso mi buena suerte que estando yo en Tepic desenterrase dicho individuo los objetos más valiosos con que había tropezado, pues dio con dos esqueletos que juntos tenían en el cuello veintiséis cascabeles de oro sólido,

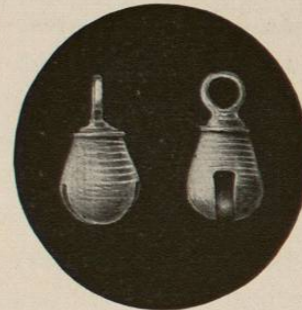
además de algunas turquesas. Sobre el pecho de uno de los muertos había una grande placa de oro batido que había servido de ornamento. Cierta número de placas semejantes se encontraron en la famosa excavación de la ciudad de México, en 1900. Junto á los pies estaba una vasija de tequesquite, muy corroída, en figura de un hombre sentado; y también un magnífico jarro de terracota cuyo dibujo y decorado imitaban un pavo; entre ambas vasijas estaba una tartera negra de barro. La olla del pavo (Plancha VII), que tiene más de seis pulgadas y media de altura, es en extremo interesante desde muchos puntos de vista. Está excelentemente fabricada con pasta color de pizarra, de fino grano, que, aunque delgada, es de notable resistencia como lo demuestra el hecho de que el hombre que la desenterró, clavó la barra con toda fuerza dentro de la vasija sin hacerle más que un agujero en el punto de contacto. La cabeza y el cuello del ave, que son huecos, se hicieron evidentemente aparte y se adhirieron á la jarra cuando estuvo concluída.

La brillante superficie de la vasija, que parece vidriada, es de un color aceitunado oscuro que tira á pizarra, manchado á trechos con pintas color de ladrillo. La cabeza y cuello que forman el mango están pintados de un rojo brillante, y las verrugas, todas claramente indicadas, están revestidas de delgadas hojitas de oro. El mismo colorido rojo contorna la faja blanquizca que rodea el cuello, lo mismo que los pies del guajolote y la parte superior de las alas en el cuerpo de la vasija. Este color, que es el mismo que generalmente se encuentra en las reliquias funerarias de los antiguos aztecas, zapotecas y mayas, sirve probablemente para indicar el objeto del jarro.

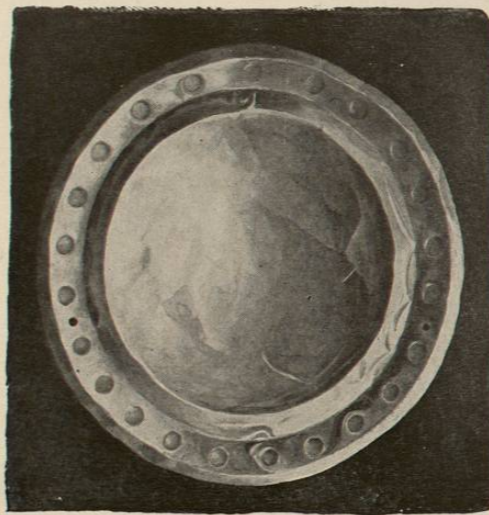
La lista blanquizca que rodea el cuello está dada con el mismo material que sirvió para marcar la parte principal de las alas, piernas y pies. Dicha banda, así como el centro de las alas, piernas y pies, estuvieron también do-

rados alguna vez, y aun pueden verse las huellas de un listón de hojas de oro cruzando las alas. Hay indicios de que la parte superior de las mismas estaban pintadas de un azul verdoso. En cuanto á la parte inferior de ellas y la cola están representadas con estrías. Se han hallado asimismo ornamentaciones con dorados en cuentas y tiestos de los antiguos tarascos; pero en ninguna vasija, que yo sepa, tan completa como ésta.

No existen muchos ejemplares de ese género en los museos del mundo, y, en algunos respectos, ninguno comparable al que describo, encontrado más al norte que los demás. Todos parecen proceder de una fuente común, y se distinguen por



Cascabel de oro hallado en Tepic, visto de frente y de lado. Longitud, 2.2 cm.

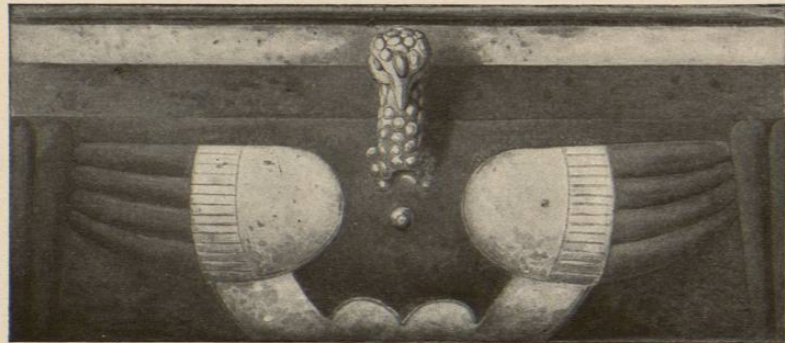


Adorno de pecho, de oro batido, hallado en Tepic. Diámetro, 16.5 cm.

lo que á primera vista parece vidriado. El Profesor Morris Loeb, de la Universidad de Nueva York, que ha tenido la bondad de analizar un fragmento de la parte inferior del jarro, encontró, sin embargo, que la superficie suave y lustrosa no era vidriado, sino que consistía en una masa gris, cubierta por ambos lados de un enjalbe color de crema de menos de un milímetro de espesor. Tanto el interior como la super-

ficie pintada se adherían ligeramente á la lengua. Habiéndose raspado con una lima de acero el barniz, se pasó por un magneto. Á este respecto debe advertirse que fue mucho más fácil limar el revestimiento exterior que el interior, y que ambos se analizaron separadamente, pero siguiendo el mismo método.

El análisis no convenció al Profesor Loeb de que el "vidriado" y el cuerpo sean de material muy distinto; ni de que el vidriado sea más fusible que el cuerpo; más bien lo contrario. El cuerpo, aunque gris, contiene muy poco carbono, y el vidriado lo contiene en gran cantidad.



Dibujo amplificado del frente del jarro.

De la capa blanca exterior, declaró que es una mano cruda de arcilla grasa, secada al sol, la cual quedó blanca por no haberse quemado la materia orgánica que contenía.

Respecto á la capa blanquiamarillenta empleada, en parte, como cemento para pegar el oro, no es concha pulverizada, como á primera vista parece. Según experimentos hechos por el Dr. E. O. Hovey, del Museo Americano de Historia Natural, no tiene acción sobre dicha sustancia el ácido clorhídrico frío. Por otra parte, el hecho de ser fuertemente atacada por la potasa cáustica indica que es cierta especie de arcilla muy cargada de alúmina. La

parte situada debajo de la capa de oro parece contener arcilla en gran proporción.

El ave está representada con tal exactitud que es evidente aun la especie del pavo. Las rojas granulaciones, á modo de verrugas, y la eréctil carnosidad de la cabeza indican el llamado pavo de Yucatán (*Meleagris ocellata*). La elegante franja bronceada del ala es tan característica en el original como en el jarro. El turquesa tornasolado que antes representaba el plumaje, así como la profusión de oro y el notable pulimento de la vasija producen, en su conjunto, la impresión del tornasol oro y verde del vistoso pavo.

Su elegante forma y magnífica factura hacen de esta pieza una de las más notables muestras de la antigua cerámica americana. Hay fundamento para creer que existían una ó más fábricas de esta clase de loza en algún lugar de la tierra caliente de Guatemala ó muy al sur de México, y que el comercio la llevaría al seno de las tribus más arribeñas. Con todo, la localidad no se ha descubierto.